

facciones. Clotilde tenía en la boca, excesivamente hundida, una expresión de desprecio estereotipada; así es que sus labios denunciaban, mejor que ninguna otra facción de su rostro, los secretos movimientos de su corazón, pues la afección les imprimía una expresión encantadora y tanto más notable cuanto que sus mejillas, demasiado morenas para sonrojarse, y sus ojos negros, duros siempre, no decían nunca nada. A pesar de tantas desventajas, á pesar de su rigidez de estaca, tenía por su educación y por su raza un aire de grandeza, un ademán altivo, en fin, eso que se llama el *no sé qué*, que dejaba ver en ella á la hija de casa noble. Clotilde sacaba partido de sus cabellos, cuya fuerza, espesura y longitud les hacían pasar por bellos, y de su voz que encantaba cuando se dejaba oír en música. Clotilde era una de esas jóvenes de quienes se suele decir: «Tiene hermosos ojos» ó «¡Es muy simpática!» Cuando alguien le decía á la inglesa: «Vuestra Gracia», ella le respondía: «Llámemme Vuestra Delgadez».

—¿Por qué no ha de ser amada mi pobre Clotilde?—le respondió la duquesa á la marquesa.—¿Sabe usted lo que me decía ella ayer? «Si soy amada por ambición, yo me encargaré de hacerme amar por mí misma». Es lista y ambiciosa, y hay hombres que se enamoran de estas dos cualidades. Él, querida mía, es guapo como un sueño, y si puede rescatar la tierra de Rubempré, el rey le dará el título de marques por consideración á nosotros... Después de todo, su madre es la última Rubempré...

—Pobre muchacho, ¿de dónde va á sacar un millón?—dijo la marquesa.

—Eso no es cosa nuestra—contestó la duquesa;—porque él es incapaz de robar... Por lo demás, nosotros no daríamos la mano de Clotilde á un intrigante ó á un hombre malvado, aunque fuese guapo, poeta y joven como el señor de Rubempré...

—Viene usted tarde—le dijo Clotilde sonriendo á Luciano.

—Sí, he comido fuera de casa.

—Hace algunos días que frecuenta usted demasiado el mundo—dijo la joven ocultando sus celos y sus inquietudes por medio de una sonrisa.

—¿El mundo?—preguntó Luciano—no, únicamente que por la mayor de las casualidades, toda la semana he comido

en casa de banqueros: hoy en casa de Nucingen, ayer en casa de Tillet y antes de ayer en la de Keller...

Ya se ve que Luciano había sabido imitar el tono de graciosa impertinencia propia de los grandes señores.

—Tiene usted muchos enemigos—le dijo Clotilde presentándole una taza de te.—Han venido á decirle á mi padre que tenía usted sesenta mil francos de deudas y que dentro de poco iría usted á parar á Santa Pelagia. ¡Y si supiese usted lo que me traen á mí todas esas calumnias!... Todo cae sobre mí. No le diré lo que sufro (mi padre tiene miradas que me crucifican), pero sí le hablaré de lo que debe usted sufrir si tienen algo de cierto esos rumores.

—No se preocupe usted de esas tonterías; ámeme cual yo la amo y concédame unos meses de crédito—respondió Luciano colocando la taza vacía en la bandeja de plata cincelada.

—No se presente usted delante de mi padre, porque le diría alguna impertinencia, y como usted no la sufriría, estaríamos perdidos. Esa maldita marquesa de Espard le ha dicho que su madre había sido enfermera y su hermana planchadora.

—Hemos estado en la mayor miseria, es cierto—dijo Luciano con lágrimas en los ojos.—Eso no es calumnia, pero sí maledicencia perversa. Hoy mi hermana es millonaria, y mi madre murió hace ya dos años... Al parecer habían reservado esas noticias para el momento en que yo estuviese á punto de vencer.

—¿Pero qué le ha hecho usted á la señora de Espard?

—Cometí la imprudencia de contar en casa de la señora de Serizy, delante del señor de Granville, la historia del pleito que tenía con su marido para obtener el interdicto, pleito que me fué explicado á mí por Bianchón; y la opinión del señor de Granville hizo cambiar el fallo del ministro de Justicia. Uno y otra recularon ante la *Gaceta de los Tribunales*, ante el escándalo, y la marquesa recibió un badilazo al leer los fundamentos de la sentencia que puso fin á aquel horrible asunto. Si el señor de Serizy cometió una indiscreción que convirtió á la marquesa en mi enemigo mortal, en cambio gané su protección, la del fiscal general y la del conde Octavio de Bauván, á quien la señora de Serizy dijo el peligro en que me había puesto dejando ver de dónde provenían sus informes. El señor marqués de

Espard ha cometido la torpeza de hacerme una visita por considerarme el autor ó, mejor dicho, la causa de que él hubiese ganado ese pleito infame.

—Yo le voy á librar á usted de la señora de Espard—dijo Clotilde.

—¿Cómo?—exclamó Luciano.

—Mi madre invitará á los pequeños Espard, que son encantadores y grandecitos ya. El padre y los dos hijos entonarán aquí alabanzas en su favor, y con esto estamos seguros de no volver á ver á la madre...

—¡Oh! Clotilde, es usted adorable, y si yo no la amase por usted misma, la amaría por su talento.

—No es talento—dijo la joven poniendo todo su amor en los labios.—Adiós. Esté usted unos días sin venir. Cuando me vea usted en Santo Tomás de Aquino con un chal de color de rosa, mi padre habrá cambiado de humor.

Evidentemente aquella joven tenía más de veintisiete años.

Luciano tomó un coche en la calle de la Plancha, lo dejó en los bulevares, tomó otro en la Magdalena y le encargó al cochero que le preguntase la puerta en la calle Taitbout. A las once, al entrar en casa de Ester, la halló anegada en lágrimas, pero vestida como ella sabía hacerlo para gustar. Ester esperaba á su Luciano acostada en un diván de satén blanco con flores amarillas, vestida con un delicioso peinador de muselina de Indias, sin corsé, con los cabellos recogidos sobre la cabeza, los pies en lindas zapatillas de terciopelo, con todas las luces encendidas y el *houka* preparado; pero ella no había fumado el suyo, que permanecía apagado, dando así indicios de su situación. Al oír que abrían las puertas, se enjugó las lágrimas, saltó como una gacela y se abrazó á Luciano, diciéndole:

—¡Separados! ¿es cierto?

—¡Bah! ¡por unos días solamente!—respondió Luciano.

Ester soltó á Luciano y volvió á caer en un diván como muerta. En estas situaciones, la mayor parte de las mujeres charlan como papagayos. ¡Ah! ¡cuánto nos quieren! Después de cinco años, creen estar en el segundo día de su dicha, no pueden dejarnos, y se muestran sublimes de indignación, de desesperación, de amor, de ira, de pena, de terror, de melancolía, de presentimientos. En fin, que son hermosas como una escena de Shakespeare. Pero, no lo olvidéis, esas

mujeres no aman. Cuando son todo lo que dicen ser, cuando aman de veras, hacen como hizo Ester, como hacen los niños, como hace el verdadero amor: Ester no decía una palabra, yacía con la cara entre los cojines y lloraba á lágrima viva. Luciano se esforzaba para levantar á Ester y le hablaba.

—Pero, niña, si no estamos separados... ¡Cómo! después de cuatro años de dicha ¿tomas de este modo una ausencia? ¡Diablo! ¿qué les haré yo á estas muchachas?—se dijo recordando haber sido amado de igual modo por Coralía.

—¡Ah! señor, es usted muy guapo—le dijo Europa.

Los sentidos tienen su bello ideal. Cuando á esta belleza tan seductora se unen la dulzura de carácter y la poesía que distinguían á Luciano, se puede concebir la loca pasión de aquellas criaturas eminentemente sensibles ante los dotes naturales exteriores y tan sencillas en su manera de admirar.

Ester sollozaba dulcemente y permanecía en una postura que demostraba su extremo dolor.

—Pero, estúpida—dijo Luciano—¿no te han dicho que se trataba de mi vida?

Al oír estas palabras que Luciano pronunció intencionalmente, Ester se levantó como una fiera (sus cabellos rodearon su hermoso rostro) y miró á Luciano con fijeza.

—¡De tu vida!—exclamó levantando los brazos y dejándolos caer de un modo elocuentísimo.—Sí, es verdad, la carta de ese salvaje habla de cosas graves...

Y sacóse de la cintura un papel; pero como hubiese visto á Europa, le dijo:

—Déjanos, hija mía.

Cuando Europa hubo cerrado la puerta, Ester le dijo á Luciano tendiéndole una carta que éste leyó en voz alta:

—Ten, mira lo que me escribe.

«Partirá usted mañana á las cinco de la mañana; la conducirán á casa de un guarda en el fondo del bosque de Saint-Germain, y ocupará allí un cuarto en el primer piso. No salga de su cuarto hasta que yo se lo permita; no recerá usted de nada. El guarda y su mujer son gente segura. No le escriba á Luciano. No se asome á la ventana durante el día; pero puede usted pasearse por la noche en compañía del guarda, si tiene usted gana de andar. Du-

»rante el camino lleve las cortinillas echadas; se trata de
»la vida de Luciano.

»Luciano irá esta noche á despedirse de usted. Queme
»usted este papel delante de él...»

Luciano quemó en el acto esta carta aplicándola á una
bujía.

—Escucha, Luciano mío—dijo Ester después de haber
escuchado la lectura de aquella carta como el criminal su
sentencia de muerte,—no te diré que te amo, porque sería
una necedad... Pronto hará cinco años que me parece
tan natural amarte como respirar, como vivir. El primer día
en que comencé mi dicha bajo la protección de este ser
inexplicable, que me ha enjaulado aquí como á una fiera,
supé ya que tenías que casarte. El casamiento es un ele-
mento necesario en tu destino, y Dios me libre de retener ó
impedir el desarrollo de tu fortuna. Ese casamiento es mi
muerte; pero yo no te molestaré, no haré como las modis-
tillas que se suicidan con un brasero; ya me bastó con una
vez, y la segunda descorazona, como dice Marieta. No, me
iré muy lejos, fuera de Francia. Asia posee secretos de su
país y me ha prometido enseñarme á morir tranquilamente.
Se da una un pinchazo ¡paf! y todo ha acabado. Angel ado-
rado, sólo una cosa te pido, y es que no me engañes. Yo ya
he recibido mi pago en la vida: desde el día en que te vi en
1824, hasta hoy, he gozado más dicha que diez mujeres
juntas en toda una existencia feliz. Tómame, pues, por lo
que soy: una mujer tan fuerte como débil. Dime: «Me
caso», y no te exigiré más que un adiós cariñoso, para
pue nunca vuelvas á oír hablar de mí.

Hubo un momento de silencio después de esta aclaración,
cuya sinceridad sólo puede ser comparada con la sencillez
del acento y de los ademanes.

—¿Se trata de tu casamiento?—dijo Ester dirigiendo una
de aquellas miradas fascinadoras y brillantes como la hoja
de un puñal á los brillantes ojos de Luciano.

—Hace diez y ocho meses que trabajamos para mi casa-
miento, y todavía no está decidido, ni sé cuándo se decidirá
—respondió Luciano.—Pero no se trata de esto, querida
mía... se trata del cura, de ti, de mí... Estamos seriamente
amenazados... Nucingen te ha visto.

—Sí... en Vincennes, ¿me ha reconocido acaso?

—No—respondió Luciano,—pero está enamorado de ti
de un modo que se muere. Después de comer, cuando te
describió hablándonos de tu encuentro, yo dejé escapar una
sonrisa involuntaria, imprudente, porque estoy en medio
del mundo como el salvaje en medio de los lazos de una
tribu enemiga. El cura, que me evita el trabajo de pensar,
cree que la situación es peligrosa, y se encargó de burlar á
Nucingen, si Nucingen quiere espiarnos, como es de supo-
ner, pues me ha hablado ya de la policía. En fin, que has
provocado un incendio en una chimenea vieja y llena de
ollín.

—¿Y qué quiere hacer el cura?—dijo Ester cariñosamente.

—No lo sé, me ha encargado que duerma sin atreverme
á mirar á Ester.

—Si es así, obedezco con esa sumisión canina de que
hice profesión—dijo Ester tomando el brazo de Luciano
para llevarlo á su cuarto, al mismo tiempo que le pregun-
taba:—Mono mío, ¿has comido bien en casa de ese infame
Nucingen?

—La cocina de Asia impide hallar una comida buena,
por célebre que sea el cocinero de la casa en que se come;
pero Careme había hecho la comida como todos los domín-
gos.

Luciano comparaba involuntariamente á Ester con Clo-
tilde. La judía era tan hermosa, tan constantemente encan-
tadora, que no le había dejado acercarse al monstruo que
devora los más fogosos amores: *la saciedad*.

—¡Qué lastima hallar á la mujer en dos volúmenes!—se
dijo Luciano.—De un lado la poesía, la voluptuosidad, el
amor, la abnegación, la belleza, la gentileza...

Ester huroneaba como huronean las mujeres antes de
acostarse; iba y venía y mariposeaba cantando. Cualquiera
la hubiese tomado por un colibrí.

—...De otro, la nobleza del nombre, la raza, los honores,
el rango, la ciencia del mundo... ¡Y no hay medio de reunirlo
todo en una misma persona!—exclamó Luciano.

Al día siguiente, á las siete de la mañana, al despertar en
aquel encantador cuarto de color rosa y blanco, el poeta se
halló solo y, cuando llamó, se le presentó la fantástica
Europa.

—¿Qué quiere el señor?

—¡Ester!

—La señora se fué á las cinco menos cuarto. Según las órdenes del señor cura, acabo de recibir una cara nueva.

—¿Una mujer?

—No, señor, una inglesa... una de esas mujeres que pasean por la noche, y hemos recibido orden de tratarla como á la señora. ¿Qué quiere hacer el señor?... ¡Pobre señora! cuando subió al coche se puso á llorar. «En fin, no hay más remedio, dijo. He dejado á ese pobrecillo durmiendo, me dijo enjugándose las lágrimas; Europa, si me hubiese mirado ó si hubiese pronunciado mi nombre, me habría quedado, aunque tuviese que morir con él...» Mire, señorito, yo quiero tanto á la señora que no le dejé ver á su sustituta; hay muchas camareras que le habrían hecho rabiar.

—¿Está ahí la desconocida esa?

—Señor, estaba en el coche que ha traído á la señora, y la he escondido en mi cuarto.

—¿Es guapa?

—Todo lo que puede serlo una mujer de ocasión—dijo Europa;—pero si el señor quiere, á ella no le costará trabajo representar su papel.

Después de este sarcasmo, Europa fué á buscar á la falsa Ester.

La víspera, antes de acostarse, el omnipotente banquero había dado sus órdenes á su criado, el cual introducía, á eso de las siete, al famoso Louchard, el más hábil de los guardas de comercio, en un saloncito que ocupaba el barón en bata de casa y zapatillas.

—¡Usted se bugló de mí!—dijo el banquero respondiendo á los saludos del guarda.

—Señor barón, no tenía más remedio que obrar así. Yo vivo de mi destino, y ya tuve el honor de decirle que no podía ocuparme de un asunto ajeno á mis funciones. ¿Qué le prometí yo? ponerle en relación con aquel de mis agentes que me pareció mejor para servirle. Pero el señor barón ya conoce las demarcaciones que existen entre las gentes de diferentes oficios... Cuando se construye una casa no se encarga á un panadero la labor del cerrajero. Ahora bien; hay dos policías: la policía política y la policía judicial. Los agentes de la policía judicial no se mezclan nunca en los asuntos de la política y *viceversa*. Si se dirigiese usted al jefe de la policía política, éste necesitaría una autorización

del ministro para ocuparse de su negocio de usted, y usted seguramente que no se atrevería á explicárselo al director general de la policía del reino. Un agente que hiciese de policía por su cuenta, perdería el destino. Ahora bien, la policía judicial es tan circunspecta como la policía política. Esto contribuye á que en el ministerio del interior y en la prefectura de policía no se haga nada como no sea en interés de la justicia. ¿Se trata de un complot ó de un crimen? no tema usted, que los jefes se pondrán á sus órdenes; pero comprenda usted, señor barón, que tienen otras cosas que les preocupan más que las cincuenta mil mujerzuelas de París. En cuanto á nosotros, sólo podemos dedicarnos á arrestar á los deudores; y cuando se trata de otra cosa, nos exponemos atrocemente en el caso de que molestásemos en lo más mínimo á nadie. Ya le envié á usted uno de los míos, pero le advertí que no respondía de él. Usted le dijo que buscarse á una mujer en París, y Contensón le ha *escamoteado* á usted un billete de mil, sin dar el menor paso para servirle. Lo que usted deseaba era tanto como buscar una aguja en un pajar.

—Contensón ya podía *decirme* la *vegdad* en *lugag* de *escamoteagme* un billete de mil francos—dijo el barón.

—Éscuche, señor barón—dijo Louchard;—si me da usted mil escudos, yo le daré, ó, mejor dicho, yo le venderé un consejo.

—¿Vale mil escudos el consejo?—preguntó Nucingen.

—Señor barón, yo no me dejo atrapar—respondió Louchard.—Usted está enamorado, quiere descubrir al objeto de su pasión y será capaz de hacer cualquier locura. Según me dijo su criado, ayer vinieron á su casa dos médicos que dijeron que estaba usted grave... Yo soy el único que puedo ponerle en manos de un hombre hábil... ¡Eh! ¡qué diablo! ¡si no valiese su vida mil escudos!...

—Dígame usted el nombre de ese hombre hábil, y cuente usted con mi *genegosidad*.

Louchard tomó el sombrero, saludó y salió.

—¡Diablo de hombre!—exclamó Nucingen—¡venga!... ¡tenga!...

—Advierta usted que yo me limito pura y simplemente á venderle un informe—dijo Louchard.

—¡Es muy *cago* eso!—exclamó Nucingen—el nombre de Rotschild es el único que vale mil escudos, y para ello es preciso que ponga su *figma*... ¡Le ofrezco mil francos!

Louchard, que no había podido dejar nunca de ser policía, le guiñó el ojo al barón de un modo significativo.

—Para usted son mil escudos ó nada; en un instante los recobra usted en la Bolsa.

—Ofrezco mil francos—repetió el barón.

—¡Sería usted capaz de regatear una mina de oro!—dijo Louchard saludando y retirándose.

—Ya *logragé* la *digeción* *pog* un billete de quinientos francos—exclamó el barón, al mismo tiempo que le decía á su criado que llamase á su secretario.

Turcaret no existe ya. Hoy, lo mismo el banquero más grande que el más pequeño despliegan su astucia en los menores detalles: regatea las artes, la beneficencia, el amor, y le regatearía la absolución al papa. Mientras oía hablar á Louchard, Nucingen había pensado en un instante que Contensón, que era el brazo derecho del guarda de comercio, debía de saber la dirección del personaje, y diría por un billete de mil francos lo que Louchard quería vender por mil escudos. Esta rápida combinación prueba claramente que si el corazón de aquel hombre estaba invadido por el amor, la cabeza seguía aun siendo de un canchero.

—*Señog*, vaya usted mismo á casa de Contensón, el espía de *Louchagd*—dijo el barón á su secretario,—*pego* vaya usted en coche bien aprisa y tráigalo en seguida, que *espego*. Baje usted *pog* la *puegta* del *jagdln*. Aquí tiene la llave, *pogque* es conveniente que nadie vea á ese hombre en mi casa. Métales usted *pog* el pabelloncito del *jagdln*. *Procuge* *haceg* mi *encaggo* con inteligencia.

Acudieron algunos á hablarle de asuntos á Nucingen; pero esperaba á Contensón, soñaba con Ester, y se decía que antes de poco volvería á ver á la mujer á quien había debido inesperadas emociones, así es que despidió á todo el mundo con palabras vagas y con promesas de doble sentido. Contensón le parecía el personaje más importante de París, y aguardaba su llegada mirando con impaciencia al jardín. Por fin, después de haber dado orden de cerrar la puerta, mandó que le sirviesen el almuerzo en el pabellón que se hallaba en uno de los lados del jardín. En las oficinas, la conducta y las vacilaciones del más hábil, del más avisado y del más político de los banqueros de París, parecían inexplicables.

—¿Qué tiene el patrón?—le decía un agente de cambio á uno de los primeros dependientes.

—No se sabe; al parecer inspira inquietudes su salud. Ayer, la señora baronesa llamó á los doctores Bianchón y Desplefn...

Un día, unos extranjeros quisieron ver á Newton en el momento en que se dedicaba á curar á una perrita, llamada *Beauty*, la cual le echó á perder un trabajo inmenso, y á la cual se limitó á decirle: «¡Ahl *Beauty*, qué poco sabes lo que acabas de estropear». Los extranjeros se fueron, á fin de no interrumpir por más tiempo los trabajos del grande hombre. En todas las existencias grandiosas, se halla siempre una perrita como *Beauty*. Cuando el mariscal Richelieu fué á saludar á Luis XIV, después de la toma de Mahón, que fué uno de los grandes hechos de armas del siglo XVIII, el rey le dijo: «¿No sabe usted la gran noticia?... ¡el pobre *Lansmatt* ha muerto!» *Lansmatt* era un conserje que estaba en el secreto de las intrigas del rey. Los banqueros de París no supieron nunca el gran favor que debían á Contensón. Este espía fué causa de que Nucingen les abandonase un gran negocio. El canchero podía conquistar una fortuna diaria con la artillería de la especulación, mientras que el hombre estaba al servicio de la dicha.

El célebre banquero tomaba te, y mascaba unos pastillos como hombre desganado, cuando oyó que se detenía un coche á la puertecita del jardín. A poco el secretario de Nucingen le presentó á Contensón, á quien había hallado en un café inmediato á Santa Pelagia, donde el agente almorzaba con la propina que le había dado un deudor encarcelado con ciertas consideraciones que se pagan. Al verle, habría adivinado en seguida que el *Figaro* de *Beaumarchais*, el *Mascarilla* de *Moliere*, los *Frontín* de *Marivaux* y los *Lafleur* de *Dancourt*, estas grandes figuras de la audacia de la bribonería, de la astucia, de la estrategia renaciente, son algo pequeño en comparación de aquel coloso del ingenio y de la miseria. En París, cuando se encuentra un tipo, no es un hombre, es todo un espectáculo; no es un momento de la vida, sino una existencia, varias existencias. Cocido tres veces en un horno un busto de yeso se obtiene una especie de burda imitación de bronce florentino; pues bien, el reflejo de innumerables desgracias, las necesidades de posiciones terribles habían bronceado

la cabeza de Contensón, como si el sudor de un horno hubiese desteñado su rostro. Las arrugas profundas no podían ya desplegar y formaban surcos eternos de fondo blanco. Aquella cara amarilla era todo arrugas. El cráneo, semejante al de Voltaire, tenía la insensibilidad de una calavera, y á no ser por algunos cabellos que tenía en la nuca se hubiese dudado de que fuese de un hombre vivo. Bajo una frente inmóvil se agitaban, sin expresar nada, unos ojos que simulan vida y cuya expresión no cambia nunca. La nariz, roma como la de la Muerte, parece burlar al destino, y la boca, hundida como la de un avaro, permanecía siempre abierta y, sin embargo, denotaba discreción como la abertura de un buzón. Tranquilo como un salvaje, con las manos tostadas, Contensón, hombrecillo seco y delgado, tenía esa actitud diogénica llena de indiferencia que no puede adaptarse nunca á las formas del respeto. ¿Y qué comentarios de su vida y de sus costumbres no se veían escritos en su traje para los que saben descifrar un modo de vestir? Sobre todo ¡qué pantalón!... un pantalón de corchete, negro y reluciente como el paño de que se hacen las togas de los abogados; un chaleco comprado en el Temple; una chaqueta de color negro enrojecido... Y todo ello cepillado, casi limpio, adornado con reloj y una cadena enorme. Contensón dejaba ver una camisa de percal amarillo, con pliegues, en la cual brillaba un alfiler de diamante falso. El cuello de terciopelo parecía una argolla sobre la cual sobresalían los pliegues rojos de una carne de caribe. El sombrero de seda relucía como el satín, y habría dado sebo para dos velas si un abacero lo hubiese comprado para hervirlo. La enumeración de estos accesorios no es nada, y sería preciso poder describir la excesiva pretensión que Contensón sabía imprimirles. Había un no sé qué de presunción en el cuello de la chaqueta y en el lustre de las botas medio rotas, que no es posible describir. En fin, para hacer entrever aquella mezcla de tonos tan diversos, un hombre de ingenio habría comprendido, al ver á Contensón, que, si en vez de ser policía, hubiese sido ladrón, todos aquellos andrajos, en lugar de provocar la risa, hubiesen hecho temblar de horror. Por el traje, un observador habría dicho: «He ahí un hombre infame, que bebe, que juega, que tiene vicios, pero que no se emborracha, que no da el pego, que no es ladrón ni asesino». Y Contensón era ver-

daderamente indefinible hasta que acudía á la mente la palabra espía. Aquel hombre había ejercido tantos oficios desconocidos como oficios conocidos hay. La sonrisa fría de sus labios pálidos, el guiño de sus ojos verdosos, la mueca de su nariz roma, decían que no carecía de talento. Tenía cara de hojalata, y el alma debía ser como la cara; así es que los movimientos fisonómicos eran muecas arrancadas por la cortesía, más bien que expresión de sus movimientos interiores. Si no causase risa, habría infundido espanto. Contensón, uno de los curiosos productos de la espuma que sobrenada en los fermentos de la cuba parisiense, tenía sobre todo la pretensión de ser filósofo y decía con amargura: «Yo tengo un gran talento, pero como no me vale nada, me encuentro como si fuese un cretino». El hombre se condenaba á sí mismo en lugar de acusar á los demás. ¿Se hallan muchos espías que no tengan más hiel que Contensón? «Las circunstancias están contra nosotros, que podríamos ser cristal y no somos más que arena», les repetía á sus jefes. Su cinismo en el vestir tenía un objeto: se preocupaba tan poco de su indumentaria como los actores, y sólo pensaba en disfrazarse, en caracterizarse, y en esto hubiese dado lecciones á Federico Lemaitre, pues podía parecer un petimetre cuando quería. Demostraba profunda antipatía por la policía judicial, porque había pertenecido durante el imperio á la policía de Fouché, á quien consideraba un gran hombre. Desde la supresión del ministerio de policía se había dedicado á los arrestos comerciales; pero su reconocida capacidad, su olfato, resultaban instrumentos preciosos, y los jefes desconocidos de la policía política habían conservado su nombre en las listas. Contensón, al igual que sus compañeros, no era más que un comparsa del drama cuyos papeles principales pertenecían á los jefes, cuando se trataba de un trabajo político.

—Váyase—dijo Nucingen despidiendo á su secretario.

—¿Por qué estará este hombre en un palacio y yo en una choza?—se decía Contensón.—Ha engañado mil veces á sus acreedores, ha robado, y yo no he quitado nunca un céntimo á nadie... Además, yo tengo más talento que él.

—Contensón, hijo mío, me ha escamoteado usted un billete de mil francos.

—Mi querida estaba debiendo á Dios y al diablo.

—¿Tienes una *quegida*?—exclamó Nucingen mirando á Contensón con mezcla de admiración y de envidia.

—No tengo más que sesenta y seis años—respondió Contensón como hombre á quien el vino mantenía joven, cual fatal ejemplo.

—¿Y qué hace?

—Me ayuda—dijo Contensón.—Cuando uno es ladrón y se ve amado por una mujer honrada, ó ella se vuelve ladrona ó él se hace honrado. Yo he seguido siendo espía.

—¿Necesitags *dinego*, *vegdad*?—preguntó Nucingen.

—Siempre—respondió Contensón sonriéndose;—mi profesión es desearlo, como la suya es ganarlo; así es que podemos entendernos: gánelo usted, que yo me encargaré de gustarlo. Usted será el pozo y yo el cubo.

—¿Quiéges *ganag* un billete de quinientos francos?

—¡Vaya una preguntal ¿soy tonto acaso?... seguramente que usted no me lo ofrece para reparar la injusticia de la suerte respecto á mi persona.

—Es *clago*, lo *unigé* al billete de mil francos que me has estafado, lo cual suma mil quinientos francos.

—Bueno, usted me da los mil francos que le exigí y añade quinientos más.

—Eso mismo—dijo Nucingen acompañando sus palabras de un movimiento de cabeza.

—Lo cual no suma más que quinientos francos—dijo imperturbablemente Contensón.

—A *dag* yo...—dijo el barón.

—Ya, ya, y á recibir yo. Bueno, ¿y qué valor me exige á mí el señor barón?

—Me han dicho que hay en *Pagis* un hombre capaz de *descubrig* á la *mujeg* á quien yo amo, y que tú sabes su *digección*... en fin un maestro en el espionaje.

—Es verdad.

—Pues bien, dame la *digección* y tendrás los quinientos francos.

—¿Dónde están?—se apresuró á preguntar Contensón.

—Aquí—dijo el barón sacándose un billete del bolsillo.

—Bueno, vengan—dijo Contensón tendiendo la mano.

—Dando, dando, vamos á *veg* á ese hombre y te *dagé* el *dinego*, *pogque* á este precio tú podrías *vendegme* muchas *digecciones*.

Contensón se echó á reir y dijo:

—A decir verdad tiene usted derecho á pensar eso, aunque cuanto más bajo es nuestro oficio, más probidad requiere. Pero, mire, señor barón, ponga seiscientos francos y le daré un buen consejo.

—Da el consejo y confía en mi *genegosidad*.

—Me arriesgaré, aunque me arriesgue mucho—dijo Contensón.—Mire, en policía es preciso caminar por debajo de tierra, y usted no tiene precauciones. Usted es rico y cree que lo puede todo el dinero. El dinero es algo; pero, según dos ó tres de los de más talento de los nuestros, con el dinero no se tiene más que hombres. Y hay cosas en las que no se piensa y que no pueden comprarse... A la casualidad no hay quien la pague. En buena pobreza, esto no se arregla como usted quiere. ¿Quiere usted presentarse conmigo en coche? la encontraremos.

—¿*Pog* qué no?—dijo el barón.

—¡Diantre! sí, señor. Una herradura hallada en la calle llevó al prefecto de policía al descubrimiento de una máquina infernal. Ahora bien, cuando vayamos esta noche, en carruaje, á casa del señor de San Germán, éste no se preocuparía más de verle entrar en su casa que usted de ser visto al ir.

—*Ciegto*—dijo el barón.

—¡Ah! es el talento de los talentos, el segundo del famoso Corentín, el brazo derecho de Fouché, de quien dicen algunos que es hijo natural, habido cuando éste fué sacerdote; pero yo creo que esto son mentiras: Fouché sabía ser sacerdote como supo ser ministro. ¡Ah! no logrará usted hacer trabajar á este hombre por menos de diez mil francos... plénselo bien. Pero su negocio quedará arreglado á su gusto sin que lo sepa la tierra. Yo avisaré al señor de San Germán, y él le dará una cita en algún lugar donde nadie pueda verle ni oírle, porque corre grandes peligros ejerciendo de policía por cuenta de particulares. Pero ¿qué quiere usted? es un buen hombre, el rey de los hombres, y eso que ha sufrido grandes persecuciones por haber salvado á Francia.

—Bueno, pues ya me *escribigás* tú la *hoga* de la cita—dijo el barón sonriendo.

—¿No me engrasa el señor barón la pata con alguna cosa?

—dijo Contensón con aire humilde y amenazador á la vez.

—Juan—le gritó el barón á su jardinero,—vete á *pedigle* veinte francos á *Jogge* y tráemelos...

—Si el señor barón no tiene más datos que los que me dió, dudo que el maestro pueda serle útil.

—Tengo otros—respondió el barón con aire misterioso.

—Me despido del señor barón, con su permiso—dijo Contensón tomando la moneda de veinte francos;—tendré el honor de venir á decirle á Jorge el lugar en que debe hallarse el señor esta noche, porque en buena policía es preciso no escribir nunca.

—Qué *gago* es *veg* tanto ingenio en estos tipos—se dijo el barón;—en policía pasa como en los negocios todos.

Al dejar al barón, Contensón se fué tranquilamente de la calle de San Lázaro á la de San Honorato, hasta el café David. Una vez allí miró por las vidrieras y vió á un anciano conocido por el nombre de padre Canquoëlle.

El café David, situado en la calle de la Moneda, en la esquina de la de San Honorato, gozó durante los treinta primeros años de este siglo de una especie de celebridad, circunscrita al barrio llamado de los Bourdonnais. Allí se reunían los viejos negociantes retirados ó los grandes negociantes que ejercían aun: los Camusot, los Lebas, los Pillerault, los Popinot y algunos propietarios como el pequeño padre Molineux. También se veía allí de tiempo en tiempo al anciano padre Guillaume, que iba de la calle del Colombier, y allí se hablaba de política, aunque prudentemente, pues la opinión del café David era el liberalismo. Allí se contaban también los chismes y cuentos del barrio; tanta necesidad sienten los hombres de burlarse unos de otros. Por lo demás, aquel café, como todos los cafés, tenía su personaje original en aquel padre Canquoëlle, que concurría á él desde el año 1811, y que parecía estar en tan perfecta armonía con la gente proba reunida allí, que nadie se escondía para hablar de política en su presencia. A veces, aquel pobre hombre, cuya simplicidad era motivo de risa para los asiduos, había desaparecido por uno ó dos meses; pero sus ausencias, atribuidas siempre á sus achaques ó á su vejez (pues ya pasaba desde 1811 de los sesenta), no sorprendían á nadie.

—¿Qué ha sido del padre Canquoëlle?—le preguntaban á la señora del mostrador.

—Tengo la creencia de que el mejor día sabremos su muerte por el periódico—respondía aquélla.

El padre Canquoëlle dejaba ver su origen en la manera

de pronunciar el idioma, y su nombre era el de una hacienda llamada de los Canquoëlles, palabra que significa gusano en algunas provincias, y estaba situada en el departamento de Vaucluse, de donde el anciano había salido. Habían acabado por llamarle Canquoëlle en lugar de Canquoëlles, sin que el pobre hombre se enfadase, pues la nobleza le parecía muerta en 1793; esto sin contar con que el feudo de Canquoëlles no le pertenecía, porque era segundón. Hoy la indumentaria del padre Canquoëlle parecería extraña; pero de 1811 á 1820 no admiraba á nadie. Aquel anciano llevaba zapatos con hebillas de acero, medias de seda con rayas circulares blancas y azules, un calzón de punto de seda con hebillas ovales semejantes á las de los zapatos. Un chaleco blanco con bordados, una casaca vieja de paño verde con botones de metal y una camisa con pechera planchada completaban su traje. En medio de la pechera brillaba un medallón de oro en el que se veía un templo de cabellos, una de esas adorables pequeñeces del sentimiento que tranquilizan á los hombres, del mismo modo que un espantajo asusta á los gorriones. La mayor parte de los hombres, como los animales, se asustan y se tranquilizan con cualquier cosa. El calzón del padre Canquoëlle se sostenía mediante una hebilla que se abrochaba sobre el abdomen. De la cintura pendían paralelamente dos cadenas de acero compuestas de varias cadenitas que terminaban en un conjunto de dijes. Su corbata blanca era sostenida por detrás por medio de una hebillita de oro. En fin, su cabeza canosa y empolvada iba cubierta aun, en 1816, con el tricornio municipal que llevaba también el señor Try, presidente del tribunal. Aquel sombrero, que tanto gustaba al anciano, lo había reemplazado hacía poco el padre Canquoëlle (el pobre hombre creyó que debía este sacrificio á su tiempo) por ese innoble sombrero hongo contra el cual nadie se atreve á revelarse. Una coleta, atada con una cinta, describía en la espalda una huella circular donde la grasa desaparecía bajo una capa fina de polvo. Fijándoos en el rasgo distintivo del rostro, una nariz llena de gibosidades, roja y digna de figurar en una fuente de trufas, hubieseis creído dotado de un carácter bondadoso, sencillo y franco á aquel honrado anciano, verdadero papamoscas, y hubieseis estado en un error, como lo estaba todo el café David, donde nadie había examinado nunca la frente observadora, la boca sardónica